



Liliana Weinberg

Seis ensayos en busca de Pedro Henríquez Ureña

Santo Domingo: Ministerio de Cultura

2015

253 páginas

Pedro Henríquez Ureña: una poética de la cultura latinoamericana

Martín Sozzi¹

“A la familia henriquezureñista”. Con esa dedicatoria amplia, y un tanto difusa en apariencia, comienza este libro que Liliana Weinberg consagra a esa figura central de las letras y la crítica latinoamericanas que es Pedro Henríquez Ureña. Con la finalidad de precisarla, podríamos postular que la familia allí mencionada está constituida por muchos de los seguidores y estudiosos que, como la

propia Weinberg, tomaron la decisión de mantener despierta y vigente la obra del gran dominicano. De esa forma, la figura de Henríquez Ureña, bastante retaceada en las consideraciones actuales —presente en cuentagotas en congresos y programas de estudio— reaparece en este libro como la de un intelectual fundante de la crítica, el ensayo y la educación latinoamericanos, como un bajo continuo cuya voz, siempre audible e imposible de acallar, tiene —como los grandes clásicos— nuevos aportes para ofrecer, y en cuya obra, vasta y polifacética, siempre es posible encontrar rastros de intereses diversos que confluyen en unas pocas obsesiones: el libro como elemento formador, la educación popular, la literatura de territorios diversos, el interés capital por la América hispánica (como él la llamaría).

¹ Profesor y Licenciado en Letras por la Universidad de Buenos Aires. Profesor de Literatura Latinoamericana I en la Universidad de Buenos Aires y en la Universidad Nacional de Hurlingham. Profesor del Taller de Lectura y Escritura en la Universidad Nacional Arturo Jauretche. Se desempeña como investigador del Instituto de Literatura Hispanoamericana (UBA).

La autora, reconocida estudiosa del ensayo en cuanto género, titula al volumen en consonancia con el libro que el dominicano publicó en Buenos Aires en 1928: los *Seis ensayos en busca de nuestra expresión*. La “busca de nuestra expresión” se transforma, en este caso, en la “busca” de Pedro Henríquez Ureña. Así como en aquel libro clave, el encuentro de una expresión propia constituía para el dominicano una tarea laboriosa y en fuga hacia un futuro siempre distante debido a la complejidad de la empresa y a la alternancia dicotómica entre “descontento y promesa”, la propia complejidad de la obra y el pensamiento de Henríquez Ureña parecen, también, seguir un ritmo. O mejor: puede establecerse una analogía con la figura de un prisma que, a partir de sucesivos acercamientos y del abordaje de caras diversas, permite descubrir un núcleo de sentido, un cuerpo constante de preocupaciones que aparecen y reaparecen a lo largo de su obra.

Weinberg emprende el estudio de la obra de Henríquez Ureña por un camino que —como el ferrocarril que trasladaba al dominicano a la ciudad de La Plata— cuenta con varias estaciones. La errancia del dominicano, a la que se refirió Enrique Krauze (1986), encuentra una suerte de correlato en esta deriva intelectual que la autora presenta en los sucesivos ensayos que componen el libro. El estudio se diversifica, pero esa diversificación —paradójicamente— no hace sino mostrar, por debajo de las diversas ocupaciones, el pensamiento confluyente del dominicano.

En el primero de los ensayos, “La lectura del gran libro americano”, Weinberg establece la amplia relación de Henríquez Ureña con el mundo del libro y la labor central que desarrolló en tanto intelectual-editor. Esas figuras de lector y organizador de la cultura y la literatura latinoamericanas, que llevó a cabo explícitamente en los grandes libros que escribió hacia el final de

su vida, lo conducen por caminos confluyentes, como corrientes que desembocan en un mismo río. Weinberg destaca esa labor como ensayista, crítico literario, filólogo y profesor, pero encuentra un lugar central en su rol de editor. Ese individuo facetado, escindido por múltiples ocupaciones al servicio de la cultura latinoamericana, encuentra en ese espacio de intelectual-editor un lugar clave debido a las múltiples perspectivas que encierra: la edición como proyecto educativo, como forma de intervención cultural, como posibilidad de conformación y ampliación de un público lector, como diseño de una biblioteca tangible que se vería plasmada en el gran proyecto de la *Biblioteca Americana*.

El segundo ensayo, “Un nuevo descubridor del Mediterráneo”, destaca al dominicano como “otro gran descubridor americano del Mediterráneo” (2015: 39) y el redescubrimiento de la literatura y la filosofía de Grecia y Roma. La figura de Platón y de otros clásicos —Eurípides, Aristófanes— incidirá con mucha fuerza en la formación de algunos integrantes del Ateneo de la Juventud quienes, como PHU, verán en el mundo griego “el modelo para nuestra maduración intelectual” y en el latino “el modelo para la posible convivencia de las naciones” (2015: 45). Weinberg destaca en este retorno a los clásicos un modelo que permitió la crítica del positivismo, “un modo de releer a la propia tradición cultural hispanoamericana” y, fundamentalmente, “un modelo de educación o *paideia*” (2015: 47) Pero ese interés histórico-filológico va cediendo lugar a una visión que hace de la cultura un factor de religación. Weinberg indaga en el lugar que PHU asigna al mar en general y al Mediterráneo en particular, dado que —para la autora— el dominicano encuentra en esa imagen hídrica la posibilidad de fundar un orden cultural. En ese sentido, los ensayos de Pedro Henríquez Ureña confieren a la

cultura latinoamericana un substrato que la vuelve inteligible. Tanto en los textos más breves, como en las obras de conjunto, entonces, su labor consistió en “otorgar una vida poética a las fuerzas históricas, sociales y humanas, a la vez que participar de esta poética a sus lectores, para así confirmar (...) su pertenencia a una comunidad de experiencia y sentido” (2015: 50): una comunidad unida por lazos culturales. Weinberg percibe con agudeza que las diversas manifestaciones del agua (el mar, los ríos, las corrientes) le permiten a PHU pensar metafóricamente los vínculos que unen un territorio desmembrado por las guerras civiles, percibir la unidad en la diversidad. El sustrato cultural que horada y transita por diferentes zonas del territorio americano tiende lazos entre las diversas zonas de un territorio fragmentado.

“Seis ensayos y siete ensayos: un diálogo intelectual”, el tercer texto, presenta, como ya se esboza en el título, las relaciones entre sendos libros de Pedro Henríquez Ureña y José Carlos Mariátegui. Tanto los *Seis ensayos en busca de nuestra expresión*, como los *7 ensayos de interpretación de la realidad peruana* fueron publicados en 1928. Pero no es ese el único elemento en común, sino que —según señala Weinberg— se destaca que “llevaron a cabo un genial golpe de timón en el rumbo de nuestra crítica literaria” (2015: 61). El hecho de establecer una tradición fuerte entre literatura y cultura, la búsqueda de la unidad en la diversidad, la mirada respecto del mundo colonial, el resguardo de los intelectuales catalogados como “europeizantes” son condiciones compartidas por el dominicano y el peruano. Hacia el final, la autora analiza detalladamente un texto en particular: la reseña a los *Seis ensayos* que Mariátegui escribe en 1929 y publica en la revista *Mundial*, a solicitud del editor argentino Samuel Glusberg.

En “Un testigo mayor de la Revolución Mexicana”, el cuarto ensayo, y el más largo del libro, Weinberg señala una de las preocupaciones de PHU: hacer legible —cual si fuera un libro— el proceso revolucionario mexicano. La autora persigue en las diferentes etapas en que el dominicano vivió en México, algunas de las ideas-fuerza de sus principales ensayos. Instalados como “héroes culturales”, intelectuales como Henríquez Ureña o Alfonso Reyes se proponen salvar la grieta existente entre la cultura de élite y las necesidades culturales de la población. Es así que en el dominicano aparece —según señala Weinberg— un uso público del saber vinculado con múltiples actividades, pero, fundamentalmente, con aquellas relacionadas con la difusión de la cultura. Desde esa perspectiva, también, se entiende el interés y la preocupación por ocupar una zona independiente de los poderes de turno, con lo que se irá delineando su figura en tanto intelectual. El dictado de conferencias, la creación de la universidad popular serán espacios que irán perfilando un lugar de enunciación. Weinberg analiza, finalmente, tres textos que considera centrales en la difusión de las ideas revolucionarias y reformistas, todos de 1925: “La utopía de América”, “Patria de la justicia” y “La influencia de la Revolución en la vida intelectual de México”, para concluir que Henríquez Ureña “Vio (...) en la Revolución la gran oportunidad, modélica en América Latina, para ensanchar el gran proyecto de ciudadanización por la educación y la cultura.” (2015: 165)

El quinto, “La edición como militancia intelectual” presenta los fundamentos que guiaron el diseño de la *Biblioteca Americana*, colección emprendida en 1945 por el dominicano y Daniel Cossío Villegas —director del Fondo de Cultura Económica—, que vería la luz a partir de 1947, luego del deceso de

Henríquez Ureña. Sugiere, también, las implicancias que lo motivaron. Weinberg considera que, al insertar cada obra en el conjunto de la colección, al desgajarla de su contexto de producción más inmediato, es posible establecer un nuevo mapa de lectura para esos textos fundantes de una tradición con la que colabora la propia *Biblioteca*. Esta operación, sin embargo, acarrea el riesgo de la descontextualización, que es salvado a través de la elaboración cuidadosa de elementos paratextuales: prólogos y anotaciones críticas. Agrega Weinberg que el propósito de la *Biblioteca* no se relaciona exclusivamente con una labor de rescate, sino que el objetivo es, por un lado, ético; por otro, de política cultural: se trata de promover los valores latinoamericanos y de propagar libros fundantes de esa tradición, tanto al interior como al exterior del continente. Pero la colección genera también la creación de redes continentales de sociabilidad intelectual. Algo central para la autora, que destaca en diversas zonas del volumen, es la importancia de contar con una política del libro que, en concomitancia con una política cultural, permita un doble juego: provocar una tradición de lectura que, a su vez, establezca una lectura de la tradición. Las “Tablas de valores” a las que el dominicano alude en “Camino de nuestra historia literaria” (1925) le permiten realizar un exhaustivo proceso de selección y el arribo a un plan de la colección.

El ensayo final, “Largo viaje en tren”, presenta un diálogo imaginario entre Ezequiel Martínez Estrada y Henríquez Ureña, pasajeros ambos, y reales compañeros de viaje en muchas ocasiones, del ferrocarril que une las ciudades de Buenos Aires y La Plata. A través de una serie de testimonios, la autora destaca ciertas imágenes del dominicano como docente en el Colegio Nacional a partir de 1924: sus dotes de profesor, la admiración de sus estudiantes, el desprecio de algunos de sus

colegas. Y también ciertas afinidades entre ambos intelectuales: la relación con el reformismo, sus preocupaciones por la cultura latinoamericana, los reparos frente al positivismo. El viaje imaginario encuentra una serie de paradas en sucesivas estaciones, afines con ciertos temas y con algunos aspectos de las obras de ambos ensayistas: la producción poética y la reflexión sobre la poesía; la pintura; la reflexión sobre los procesos desbocados de industrialización que tendrían en la imagen del ferrocarril un estandarte; las diferentes perspectivas sobre la figura y la obra de Sarmiento; el lugar del ensayo y el papel que cupo a ambos en las transformaciones del género; las posiciones dispares que mantienen con respecto a España; las consideraciones, discordantes también, que realizan sobre América Latina (la posibilidad de un encuentro utópico entre las naciones que la componen, en Henríquez Ureña; la certeza de un desencuentro que deberá culminar en la revolución, en Martínez Estrada); la fascinación compartida por la obra de Hudson; los temas de coyuntura y las ocupaciones del día; la labor de José Martí, una sombra que sobrevuela en todo momento a la del propio Henríquez Ureña.

Uno de los elementos que unifica a los ensayos está relacionado con la importancia que —de acuerdo con Weinberg— Henríquez Ureña atribuye al libro. En un texto en el que evoca al dominicano, Martínez Estrada señala que “El gusto de la lectura comenzaba en él por el libro como objeto material: la encuadernación, la tipografía, su disposición, ‘la divina proporción tipográfica’, los márgenes, los detalles todos del sibaritismo del bibliófilo” (1998: 785). Pero más allá de ese carácter material, Weinberg destaca el carácter cultural y formador que PHU le atribuye a ese objeto: ya sea como editor y difusor de la literatura latinoamericana, como organizador de

colecciones, como prologuista, como formador de las capas populares, como gestor de bibliotecas, como creador de públicos, como escritor, el libro estuvo en el centro de su vida.

Poco después de la muerte de Henríquez Ureña, Gregorio Weinberg, padre de Liliana, publicaba en *Sur*, entre fines de 1947 y comienzos de 1948, dos notas sobre el dominicano. En la primera, se mostraba decepcionado por la poca atención que la prensa y la crítica habían prestado a la *Biblioteca Americana*, cuyos dos primeros volúmenes habían aparecido recientemente. La segunda consistía en una reseña muy elogiosa de la *Historia de la cultura en la América hispánica*. Casi medio siglo después, Liliana Weinberg publica este libro que, como señalamos, indaga de forma certera en los diferentes aspectos de la imagen de ese intelectual complejo que fue Pedro Henríquez Ureña. Quizás sea una buena imagen de esa familia henriquezureñista de la que varios queremos formar parte, al menos como parientes lejanos.

hispánica, de Pedro Henríquez Ureña”. En *Sur*, XVII, enero 1948.

Referencias bibliográficas

Krauze, Enrique (1986). “El crítico errante: Pedro Henríquez Ureña”. En *Vuelta Sudamericana*. I, 3, oct. 1986, 26-39.

Martínez Estrada, Ezequiel (1998). “Pedro Henríquez Ureña. Evocación iconomántica estrictamente personal”. En Pedro Henríquez Ureña. *Ensayos*. Ed. crítica de José Luis Abellán y Ana María Barrenechea. México: ALLCA XX, 1998, 782-798.

Weinberg, Gregorio (1947). “Sobre la *Biblioteca Americana*”. En *Sur*, XVI, noviembre 1947.

----- (1948). “Reseña de *Historia de la cultura en la América*